

La gloria de leer; una conversación sincera

Jordi Nadal



Cuando vivimos con los ojos abiertos nos damos cuenta de que a menudo algunas personas no dicen la verdad. Ya sea por educación, convención o prudencia. Tal vez por falta de costumbre, inseguridad o cobardía. A veces, incluso, por ignorancia, miedo o maldad.

Cuando actuamos así, dejamos de nombrar lo verdadero. Y, en consecuencia, perdemos la costumbre de escuchar y de vivir cosas ciertas, hasta el punto de que nos habituamos a lo falso.

Vivir alejados de lo auténtico causa extrañamiento y nos distancia de nosotros y de los otros. En ocasiones, incluso, puede llevarnos a estar encajonados en una soledad en la que aparentemente estamos acompañados y que, cuando no es querida, no parece ni buena, ni agradable, ni gloriosa.

Referirse a la gloria es fundamental en lo que aquí nos ocupa, porque deberíamos estar llamados a ella. Al menos al nacer.

Lo supo la madre del grandísimo autor francés Romain Gary –premiado dos veces

con el premio Goncourt– cuando inculcó a su hijo la idea de que estaba llamado a alcanzarla. Y le dio un amor y una educación infinitos (perdón por el pleonasma). Si leen su magnífica novela *La promesa del alba*, entenderán la inmensa fuerza de una madre que quiso a su hijo de un modo impresionante. Al leer este libro, es imposible olvidar lo que es el testimonio de una infancia dura y sin embargo feliz; un atisbo de grandeza humana que la lectura pone en nuestras manos, porque nos recuerda continuamente las verdades de las personas.

Leer es vivir con atención. Hace callar el ruido a nuestro alrededor. Nos da un centro. Nos aleja de la capa protectora y destructora del cinismo. Nos pule, afina e ilumina. Nos enriquece, y nos entrega a la sana duda. Leer desnuda. Nos hace ser testimonio de una verdad. Por más única, personal, incompleta que sea, leer nos hace plurales y corales, porque nos aleja del ensimismamiento y nos llena de lo otro y de los otros. Leer nos hace cambiar porque nos entrega a lo distinto.

Al leer, lo diferente deja de serlo. Leer normaliza lo inusual y lo extraordinario. Nos da una mirada nueva para lo viejo y, paradójicamente, una mirada vieja para lo nuevo. Leer puede impresionarnos, porque nos impregna de mundo. Cuando León Felipe escribió: “Que nada se convierta en callo”, nos recordaba que es difícil que los buenos lectores y las buenas personas sean cínicos.

Leer nos da fuerzas cuando estamos heridos. Nos hace más humanos porque nos cu-

bre de un barniz protector y, al mismo tiempo, agrieta la capa de lustre ficticio. Leer es crear un mundo de porcelana refinada y aceptar las fisuras. Leer es practicar el *kintsugi* japonés: da brillo a las zonas rotas y cubre las grietas con oro. Vivir y leer se unen; es romperse y recomponerse al mismo tiempo.

Leer nos da la ocasión de ser nosotros mismos, sin público. ¡Cuánto más sinceros y honestos somos, cuando estamos a solas, sin testigos! Leer nos sienta a la mesa con alguien que –lo quiera o no lo quiera– ha dejado de actuar, incluso cuando, como autor, intentase mentir. Leer desnuda a los actores

Vivir y leer se unen; es romperse y recomponerse al mismo tiempo

que fingen. Si leemos de forma inteligente, estamos más solos y más libres. Por eso leer es duro y glorioso.

Leer es ser púgil en el combate, más o menos amable; es hacerse un luchador del cotidiano vivir. Cada libro es como vivir un asalto. Ese algo colosal, terrible y hermoso llamado vida nos deja a veces sin palabras. Leer nos las presta. Leer es un servicio de recuperación de las palabras, esto es, de mundo. Leer viste nuestro silencio, nuestra

alegría, nuestra soledad, nuestra ternura o desesperación.

Dejamos de confiar en la lectura cuando no queremos o no sabemos tener tiempo o cuando estamos cansados de darle una oportunidad al otro. Dejamos de leer cuando ya no nos queda esperanza. Cuando se pierde la curiosidad o la ilusión. O, simplemente, cuando gana la comodidad.

Leer es una de las brújulas posibles de los que perseguimos tesoros: quedamos con un amigo y nos trae, tras búsqueda constante, un hallazgo: un fragmento escrito por el poeta granadino Rafael Guillén, nacido en 1933: “El silencio aún no ha dicho su última palabra”.

Leer puede hacer llorar y también reír, como al leer esto: “En la vida es más importante dar que recibir”, y sólo después saber que lo han dicho, en momentos diferentes, personas tan distintas como la madre Teresa de Calcuta y Mike Tyson.

En este combate de vivir, me levanto de la esquina del cuadrilátero. Acabo de oír la campana, tengo ya la ceja abierta. Pero vivo con gusto. Asumo las heridas. Mi entrenador, antes de levantarme para el nuevo asalto, me da una palmada y me anima con un previsible “¡vamos, campeón!”. Pero luego, como es buen lector, me susurra al oído, como guiño de aliento, una cita de *Cyrano de Bergerac*: “¿Qué decís, que la victoria quien la ansía no la alcanza? ¡Si no hay de triunfo esperanza, hay esperanza de gloria!” ●